

arzobispo de Carácas y los nuevos obispos tuvieron que dejar sus iglesias, arrancados por el furioso huracán de 1850 que lanzaba á la república venezolana en los horrores del cisma. Ningun diocesano hubo que se conformase con las órdenes del gobierno y todos á una, nombrando vicarios, abrazaron el destierro (1). Atentados eran estos contra la religion y los que los cometieron palparon pronto sus efectos.

(1) Noviembre de 1850.



CAPÍTULO XXIV

La irreligion entronizó el despotismo. — Dictadura. — Escenas repugnantes. — El gobierno conoce las necesidades religiosas de los pueblos. — Restablecimiento de los capuchinos. — Misiones de Varinas. — Esfuerzos de los obispos por restablecer sus seminarios.

Ningun delito puede cometerse tan monstruoso en el seno del cuerpo social como el que ataca la fe y combate la religion del pueblo: pero tampoco hay alguno cuyos efectos sean mas graves y mas funestos para los mismos que lo perpetran. Un pueblo que sacude el yugo de su fe, ántes de llegar á ese caso necesita romper los vínculos que le ligan á la justicia y á la ley, desconocer sus deberes mas imperiosos y ahogar los gritos penetrantes de las convicciones que formó cuando se desarrollaba su razon en los primeros años de su juventud. Y un hombre que despedaza y rompe todas esas obligaciones sagradas ¿podrá, en posesion del poder, dirigirse por la ley y obrar constantemente en armonia con su conciencia? Por mas que algunos se esfuerzen respondiendo afirmativamente, los hechos nos dicen que no con elocuencia

mayor. Cada vez que los Estados de América cayeron en manos de rojos y liberales sin religion, la tiranía mas vergonzosa y el despotismo de peor carácter se dejaron sentir en todos los actos de la administracion y la libertad murió luego, ahogada entre los brazos de la dictadura. No necesitamos recordar los sucesos de Bogotá, ni tocar de nuevo los que prepararon el camino á la dictadura del *héroe del desierto* en la República Argentina, cuando en Venezuela encontramos los mismos sucesos escritos con los mismos caracteres y reproduciendo el mismo desenlace que en aquellos lugares. Jóvenes son los Estados de América, pero, á pesar de eso, en la breve carrera de su vida política, la mano de Dios les ha dado grandes y severas lecciones para retraerlos de perecer en el abismo en que cayeron obcecados otros pueblos. Si lecciones tan terribles no han sido aprovechadas por los que las recibieron, y si no han inspirado en los demas una prudencia saludable, esos espectáculos sangrientos, esa sombra de poder, esa anarquía repugnante, esa tiranía odiosa y esa multiplicacion de males que vemos derramados en todos ellos, resultado son de la dureza de los unos y de la falta de cordura de los otros. « Los pueblos americanos, se ha dicho, no estaban educados para la república; la España no les habia inspirado hábitos republicanos, ni les habia dado principios ni costumbres que estuviesen en armonía con la libertad (1). » Mas no son á nuestro juicio esas solas las causas de los males, desde que otras existen todavía mas graves en el tras-

(1) M. Guizot, *Introduction à l'histoire de la république*, etc.

torno de los principios católicos operado en tantos ciudadanos. Porque si á la España, en esa infinita tormenta que levantaron contra su existencia política las pasiones desenfrenadas de sus propios hijos, lanzándola en la carrera de las revoluciones, « la salvaron sus antiguas costumbres y sus principios católicos, deteniéndola en mas de una ocasion en los bordes del abismo (1), » segun los que escribian aquello, lógicamente discurriendo hemos de creer debió suceder igual cosa en los pueblos americanos, y que los males de estos tienen su origen, mas bien en la falta de religion de unos pocos que inocularon en la marcha política de las repúblicas el mas funesto de los elementos disolventes, que en la falta de esos hábitos de libertad que no les dió la España.

Hemos indicado solamente algunos de los actos con que el gobierno venezolano mostró sin rebozo sus ideas hostiles á la Iglesia y á la religion, y no creemos necesario completar la reseña que podríamos hacer de todos los demas, porque son los mismos que en la Nueva Granada y en el Ecuador produjeron las leyes del congreso de Cucutá. Los jefes del partido rojo con fanático empeño ponian en ejecucion aquellas, dándoles mayor ensanche que el que ellas mismas señalan. Mas ese furor impío y esa accion obstinada con que se dedicaban á realizar su plan anticatólico turbaban la conciencia de unos, irritaban el ánimo de muchos y hacian desear cambios en el personal de la administracion que dirigia

(1) M. Guizot, *l'Espagne et les Pays-Bas*.

los negocios de la república. Hombres audaces vieron en este conjunto de circunstancias una favorable ocasion para satisfacer sus aspiraciones; se tramó una conjuración contando con el disgusto general que existía contra los mandatarios, y Venezuela presenció atentados atroces que sembraron el terror por todas partes. Los que habían creído injuriar impunemente á la religion y á sus ministros, profanar los templos y apropiarse las cosas santas, sintieron sobre sí el peso de la indignacion de un pueblo que empleaba para perseguirlos sus propias armas. Vieron entónces á los ciudadanos irritados echarles en cara su irreligion, pedirles cuenta de ese despotismo que hacia violencia á las conciencias, de esas expoliaciones de los templos, de esa persecucion con que afligieron á los ministros de Dios y de tantos otros actos ejercidos durante su influencia en los negocios públicos.

Mucho se ha escrito sobre la dictadura de Venezuela, mucho se ha ponderado la iniquidad de los medios que fueron empleados para entronizarla; se ha acusado de pérfido á un gobierno que provocaba las manifestaciones populares para tener ocasion de reprimirlas derramando sangre de ciudadanos inofensivos; se ha pintado con viveza los excesos de los gobernantes que al frente de ejércitos de bandidos asolaban la república cometiendo todo género de violencias; se ha lamentado la dispersion de tantos ciudadanos obligados á abandonar su patria para no ser contados entre las víctimas y, en fin, se han hecho votos en favor de aquel desgraciado país que parece haber sucumbido bajo el peso de sus males. Muy distantes estamos nosotros de apoyar ningun acto que no

lleve el sello de la ley y mucho ménos cualquiera que envuelva el mas mínimo ataque contra la justa libertad que garantizan las constituciones republicanas que se dieron los pueblos de América; mas nadie llevará á mal que, en presencia de ese rastro horrible que estampó en la heróica Venezuela una larga dictadura, divisemos aquella mano fuerte y poderosa que extendió alguna vez el Rey de los reyes y árbitro supremo de las monarquías y repúblicas, diciendo: « Os heriré porque conculcasteis mi ley; os castigaré porque ultrajasteis mi nombre. »

Son tan repugnantes las escenas que se dan como consumadas en Venezuela durante la dictadura, que, á ser todas ellas ciertas, podria con verdad asegurarse que el despotismo se exhibió allí con toda esa ferocidad que lo caracteriza ordinariamente. No queremos especificar ninguna de ellas; por el honor de la América, por el honor de sus ciudadanos y por el decoro que debemos á nuestro propio carácter, no repetiremos lo que otros han dicho; la historia tomará sobre sí la penosa incumbencia de recogerlas y consignará en sus páginas las que sean verdaderas.

Miéntas tanto, la revolucion, las persecuciones y la ausencia de los obispos habian acabado casi con el clero venezolano; un gran número de parroquias carecia de sacerdotes, y los ciudadanos de todas las provincias elevaban al gobierno peticiones suplicándole procurase remediar tan urgente necesidad. Alguno de los diocesanos indicó al presidente de la república la conveniencia de restablecer el instituto de la Compañía de Jesus, como medio de introducir en los pueblos la moralidad, en la

juventud la instruccion y en las familias la doctrina y las virtudes católicas que los desórdenes de la revolucion habian aniquilado casi completamente. Mas esa voz que con tanto patriotismo abogaba por los intereses católicos, proponiendo la introduccion en el territorio de la república de una órden célebre por su abnegacion, su doctrina y su virtud, no fué atendida. « La admision de la Compañía de Jesus en Venezuela no es conveniente por ahora, » se respondió. ¿Pero por qué decia el gobierno que no convenia? ¿Acaso los remedios que se aplican en las situaciones dolorosas que atraviesan los pueblos pueden jamas ser tan eficaces como cuando entran toda esa dosis de virtud que requiere la actualidad? Esta era la circunstancia de los jesuitas relativamente á Venezuela. Pero no se quiso esa medida, porque en el círculo de gobierno existian hombres preocupados que prefieren el triunfo de sus opiniones, de su amor propio ó de intereses mezquinos al progreso y bienestar de la república entera. No fueron llamados los jesuitas, no se quiso su restablecimiento y en su lugar el gobierno de la república costeó una numerosa mision de Padres capuchinos que entraron á desempeñar los ministerios de su órden en diversas provincias de la república.

Merece notarse que no habian pasado muchos años desde que esos mismos capuchinos, perseguidos á muerte por los rojos y liberales exaltados, vilipendiados, calumniados y ultrajados, salian de Venezuela á mendigar un asilo que les pusiese al abrigo de la persecucion que experimentaban. El gobierno impío que se empeñó por presentarlos entónces á la nacion como objeto de

beña, confesaba ahora con los hechos que su conducta habia sido extraviada, que su medida irreligiosa habia acarreado la ignorancia sobre los pueblos, su impiedad irritado á la nacion y excitado la indignacion de todos los hombres honrados contra él. Mas esa mision de capuchinos, ¿qué vale cuando se considera todo lo que necesita el pueblo venezolano? ¿Qué vale, decimos, delante de esa juventud que se divisa por todas partes, falta de religion, falta de instruccion y falta por consiguiente de virtudes? ¿Qué vale delante de tantas parroquias sin curas que socorran siquiera las necesidades mas urgentes de millares de cristianos que las habitan? ¿Qué vale delante de las vastas misiones abandonadas hace tantos años y á las que la revolucion arrebató sus sacerdotes, sus templos, sus rentas, sus paramentos reduciéndolas á la nada? ¿Qué valen, finalmente, cuando en todas partes se observan estas mismas necesidades y en todas se pide con urgencia al gobierno que las socorra? Venezuela no tiene colegios, no tiene asilos de caridad, no tiene escuelas, carece de elementos de religion y de moral, pide todo esto con la voz de la víctima, pero de esa víctima que la indigencia hace morir de flaqueza y consuncion. Los hombres para quienes ese espectáculo conmovedor que ofrecen los pueblos devorados por las miserias morales es la voz mas amarga y á la vez mas elocuente que puede percibirse, comprenden todo lo que necesitan y todo lo que piden las naciones que se encuentran en el estado que Venezuela.

Las misiones de Varinas, las de Guayana, las del Orinoco y las de Guajira tuvieron un lugar muy distin

guido entre las de la América española. Gran número de cristianos existían en todas ellas, cuando la revolución separó á la España de sus colonias de América; mas cuando esa revolución prometía bienes inmensos á los habitantes de Venezuela, los indígenas de aquellos lugares quedaron privados del primero de todos los que pueden contribuir á la felicidad del hombre, á saber, de su religión. Todas esas misiones estaban confiadas á diversas congregaciones religiosas, entre las cuales las de Santo Domingo y San Francisco tenían un número considerable de pueblos y vastos territorios anexos á estos. Tenemos á la vista las memorias de uno de los últimos misioneros que asistieron las misiones de Varinas, y, por los infinitos trabajos que experimentó este, podemos juzgar de los que necesitaban tolerar todos cuantos en aquella época aciaga ejercían el apostolado en las misiones de Venezuela. Los ejércitos que destruían los pueblos cuya ocupación pudiera presentar ventajas al enemigo, los indígenas que huían á los lugares mas remotos de las selvas y allí se confundían con los infieles, renunciando á veces sus creencias y sus costumbres cristianas para poder encontrar asilo; los misioneros que se empeñaban en arrancar á sus neófitos de sitios tan peligrosos para su fe, penetrando hasta esos mismos lugares con riesgo de su vida, y trabajaban hasta reducirlos á volver á sus antiguos hogares; los jefes militares que invadían las reducciones de indígenas convertidos á la fe cristiana y decretaban con despotismo repugnante el alistamiento de los neófitos en las filas de sus batallones; los templos de las misiones saqueados

y arrasados por soldados que decían combatir por el pueblo, estos y otros muchos sucesos hacen conocer los infinitos males que pesaron sobre las misiones de Venezuela hasta postrarlas y arruinarlas completamente con pérdida de millares de creyentes que contaba la religión cristiana en todas ellas.

Ni fueron ménos hondas, ni ménos funestas, las heridas que á los seminarios eclesiásticos infirió allí la revolución. Basta registrar esa serie de leyes del gobierno que los sometían á una inspección rigurosa de los encargados de dirigir la instrucción pública y que les arrebatában las rentas con que tantos prelados generosos y benéficos habían atendido á su conservación y al desarrollo de los bienes que están llamados á producir, y ese empeño, en fin, de tantos hombres que se decían ilustrados y progresistas por grabar en la conciencia de los jóvenes levitas opiniones contrarias á la independencia de la Iglesia católica, para conocer que esos seminarios no podían existir, y que aun cuando el gobierno con sus esfuerzos pudiese haberles dado vida, esta no habría sido benéfica para la religión. La conducta de los sacerdotes católicos está basada sobre ciertas reglas de cuya observancia depende su utilidad, y esas reglas se estudian, se meditan y se practican en los seminarios establecidos segun las disposiciones de la Iglesia y dirigidos exclusivamente por los ministros de esta. A la sociedad no son útiles esos sacerdotes á quienes vemos separarse de la senda de conducta que les señala la misma Iglesia para apoyar los pretendidos derechos de los gobiernos sobre esta, porque no son ya los ministros que Jesucristo pro-

metió á su Iglesia para su consuelo y direccion; son, sí, mas bien los que una voz terrible llamó un dia : « Raposas en los desiertos ; incapaces de servir de muro á Israel, é inútiles para combatir por el honor del Señor (1). »

(1) Ezequiel, cap. xix.



CAPÍTULO XXV

• Impresiones en San Juan de Ulua. — Veracruz. — Decadencia. — Camino que hace honor. — Pueblos pintorescos; Orizava y Córdoba. — Puebla de los Angeles. — Horrores de la guerra civil. — Su catedral monumental. — Tlascalá. — Heroísmo pasado y egoísmo actual. — Monumentos paganos que prueban civilizacion. — Las lagunas de Méjico. — Diferencia esencial que existe entre la civilizacion pagana y la cristiana. — Los monumentos del cristianismo triunfan de los tiempos. — ¡ Desiertos !

Entre las ondas de un mar borrascoso y contrariado nuestro bajel por un recio viento que lo alejaba de la costa, divisé una antigua fortaleza que, elevada en medio de las aguas, parecia participar de los agitados movimientos del Océano. El mar, entumecido por los vientos, parecia ocultarla á veces en su seno ; mas rechazando aquella la violencia de las aguas, aparecia en pié aguardando los nuevos ataques del elemento furioso que dia por dia la combate. Era aquella el castillo de San Juan de Ulua, y el pabellon mejicano, izado en su asta de bandera, nos indicaba que teníamos delante de nuestros ojos un lugar célebre en la historia de la conquista, del coloniaje y de la independenciam de la América. Cuando